

SUMARIO

Aniversario de la campaña del Rif.—Enseñanzas de la guerra del Rif, por Juan Avilés, teniente coronel de Ingenieros.—*Piezas especiales contra las ametralladoras.—Enseñanzas de las campañas de los franceses en Marruecos (1907-1908)*, por Nazario Cebreiros, capitán de Infantería.—*Bibliografía*.

BIBLIOTECA

Pliego 8 de «Geografía Universal» (2.º tomo), por D. Luis Trucharte.
Pliego 9 de «Geografía Militar de Marruecos», por D. Antonio García Pérez.
Cubiertas de «Manual de Paso de obstáculos».
Pliego 1 de «Topografía Militar» por D. José Ferré Vergés, comandante de ingenieros.
Pliego 10 de «Napoleón, jefe de ejército» (2.º tomo), por el Conde Yorck de Vartenburg

ANIVERSARIO DE LA CAMPAÑA DEL RIF

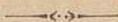
Al cumplirse el año del comienzo de las operaciones en el Rif, un legítimo sentimiento de orgullo conmueve el alma de todo militar español. La campaña bajo tan malos y tristes auspicios comenzada terminó gloriosamente, y á los choques violentos y encarnizados de los primeros días sucedieron operaciones en las que la maniobra era el principal factor del éxito; oponiéndose así á la fiereza marroquí la superior inteligencia de los pueblos civilizados y cultos.

Se aproxima la conmemoración de las fechas luctuosas del 23 y 27 de julio de 1909. La tristeza que por siempre embargará nuestras almas al recordar el sacrificio de vidas humanas que en aquellas fechas hizo el ejército, queda mitigada por el convencimiento de que la oficialidad española entregó sus vidas por el honor de la bandera y prodigó su sangre por redimir culpas que en modo alguno le correspondían. Si glorioso es sucumbir frente al enemigo de la patria y verter la sangre por alcanzar la victoria, más gloria hay todavía en rendir el último aliento sin otra esperanza que la de dejar pura y sin manchilla la enseña nacional y salvaguardar el honor de la colectividad armada.

Ante el ejemplo que, sin alardes, modestamente, en silencio, nos legaron aquellos héroes, debemos meditar muy mucho los que les hemos sobrevivido. El culto al honor y el desapego á las cosas y mercedes terrenales fué su norma; nosotros estamos obligados, no solo á inspirarnos en los mismos levantados móviles, sino á reunir nuestros esfuerzos

para evitar que vuelvan aquellos sacrificios. No á otro precio podrá ser redimida la sangre de las víctimas de julio.

Sea pues nuestro recuerdo activo, varonil, y aprestémonos á tener siempre apercebidos para el combate los elementos de guerra que la patria ha puesto en nuestras manos; así nos haremos dignos de los que cayeron en los campos del Rif, y su sacrificio no será estéril. Veamos en esto la mejor enseñanza de aquella campaña, que ha sido un aviso providencial en la historia militar española, interrumpida de hecho en los últimos años.



ENSEÑANZAS DE LA GUERRA DEL RIF

XII.—Reconocimiento sobre el Zoco El-Jemis de Beni-bu-Ifrur (30 de septiembre)

La ocupación por nuestras tropas del Zoco El-Had de Beni-Sicar y la toma de Nador y Zeluán, pusieron en situación hartó crítica á los defensores del Gurugú, toda vez que solo les quedaba la línea de comunicación, difícil y comprometida, que desde los macizos de Beni-bu-Ifrur conduce á los picos culminantes de Jardú. No fué pues de extrañar que flanqueados los rifeños por las dos alas, abandonasen el Gurugú en cuanto emprendimos su ataque directo, por un movimiento combinado. Casi sin tropezar con resistencia, ocupamos el nudo central del Gurugú el día 29 de septiembre. Sin embargo, por el momento no convenía mantener un núcleo de tropas tan distante de las demás posiciones, y nos limitamos á ocupar los puntos que dominaban las comunicaciones del enemigo, con lo cual desposeimos virtualmente á éste de aquellas montañas que durante más de dos meses le sirvieron para hostilizarnos y mantenernos continuamente en jaque.

Con la conquista del Gurugú quedaba terminada la parte más importante de la guerra en lo relativo á ocupación de territorios, pero restaba abatir la resistencia del harka ó sea derrotarla en campo abierto, para que se sometieran los que la componían y pudiéramos luego ocupar sin nuevos combates los puntos estratégicos de toda la región. A éste segundo objetivo obedeció la operación del 30 de septiembre.

Desde la alcazaba de Zeluán parten dos caminos principales: uno, que remonta el curso del río, conduce al medio Muluya y es el más indicado para una invasión al interior del imperio; otro, que se dirige al O., asciende entre elevadas montañas, por un valle que se estrecha á medida que se va avanzando y luego por el collado de Atlaten pone en comunicación las cuencas del Zeluán y del Kert. Este camino por consiguiente corta el en-

lace entre los montes cuyo núcleo es el Gurugú y los de la región de los Beni-bu-Ifrur en los que se encuentran las minas.

El instinto guerrero de los moros les aconsejó el concentrarse en ésta última región, tanto porque les ofrecía posiciones de facilísima defensa y de retirada asegurada, como por ser un lugar de ataque necesario si tratábamos de avanzar desde Zeluán en cualquiera de las dos direcciones señaladas, puesto que no era admisible que nos internáramos hacia el Muluya dejando en nuestro flanco derecho al grupo principal del harka, que podía amenazar, sino cortar, nuestras comunicaciones. A raíz de la toma de Nador, todos los contingentes rifeños se habían reunido en las alturas que desde Atlaten descienden hacia Zeluán, teniendo su centro en el zoco El Jemis de Beni-bu-Ifrur. Este zoco se encuentra en un ensanche del valle y está flanqueado á uno y otro lado y á retaguardia por abruptos y cortados montes, y defendido del lado de Zeluán por una sucesión de lomas que se elevan gradualmente hacia al O.

La toma á viva fuerza de tales posiciones se presentaba tanto ó más difícil que la del Gurugú en los primeros días de las operaciones. Hubiera sido menester la creación de puntos de apoyo, la organización de líneas de comunicaciones y un triple movimiento en combinación desde el Had de Beni-Sicar, el Gurugú y Zeluán, con el consiguiente aumento de bajas, pérdida de tiempo y la llamada de nuevos refuerzos. Por otra parte, como en parajes tan quebrados era punto menos que imposible infringir una derrota decisiva al harka—que se habría ido replegando á medida de nuestros progresos—el resultado de la empresa no hubiera podido ser otro que prolongar la guerra y empujar el enemigo hacia el interior, con las consiguientes complicaciones en los órdenes militar ó internacional. Era pues menester procurar batir al harka atrayéndola fuera de la región montañosa, y á este efecto se enderezaron los combates del 29 y 30 de septiembre.

El primero se redujo á una exploración á seis kilómetros de Zeluán, efectuada por una columna compuesta de un batallón, dos escuadrones y una batería. El enemigo se limitó á mantener un ligero tiroteo, pero no mostró intenciones de aventurarse en el llano.

El 30 de septiembre, á las siete y media de la mañana, la división Tovar de cazadores se puso en movimiento. La brigada Alfau constaba de los batallones de Madrid, Figueras y Llerena, y una batería de montaña; la brigada Morales de los batallones de Cataluña, Ciudad Rodrigo y Chiclana y una batería de montaña; formaban parte de la división, á las órdenes del comandante de ésta, tres escuadrones (de los regimientos de Alfonso XII, Lusitania y Treviño) una batería de montaña y otra de tiro rápido.

A la izquierda de la división de cazadores, en segunda línea formando escalón, se movió la brigada Díez Vicario (de la primera división orgánica) formada por tres batallones de los regimientos de León, Wad Ras y Sabo-

ya, y una batería Schneider. Esta brigada debía batir las estribaciones del monte Milón y reunirse con el grueso de la columna en el momento oportuno.

Otros dos escuadrones estaban encargados de la exploración en el extremo flanco izquierdo.

La división de cazadores, llevando á vanguardia su caballería, avanzó sin dificultad, recorriendo algunos kilómetros, hasta encontrar las primeras lomas que ocultan y resguardan el Zoco El-Jemis. Al llegar á dicho parage, ocupó la primera línea la infantería, cuyas guerrillas fueron recibidas por un fuego muy nutrido á corta distancia. No obstante, el enemigo no parecía muy numeroso, y á favor del tiro de nuestra artillería siguió adelantando la infantería hasta coronar la serie de lomas que dominan el Zoco. Un intento de avance hácia éste, al parecer abandonado, efectuado por el escuadrón de Alfonso XII, fué rechazado con pérdidas relativamente importantes, y el combate degeneró en un tiroteo más ó menos vivo, sin que el enemigo emprendiese el ataque, ni la división tratase de avanzar más. Hacia las doce, los batallones de las alas descubrieron compactos grupos de moros que se acercaban ordenadamente con el propósito, según todos los indicios, de envolvernos; pero como las órdenes recibidas prescribían que no se emprendiese la retirada hasta las dos, la división continuó en sus posiciones pese á la actitud, ahora francamente ofensiva, de los moros, y á su superioridad numérica, favorecida además por la estructura del terreno.

A dicha hora, las dos de la tarde, comenzó el repliegue. La brigada Alfau pasó á primera línea, cubriendo el frente y la derecha, y la brigada Morales inició la retirada. Apenas advirtieron los rifeños nuestro retroceso, se lanzaron con impetu furioso contra los otros tres batallones, pero no ya en líneas sutiles y en pequeños grupos, sino en masas compactas que avanzaban ciegamente despreciando nuestro fuego. Madrid y Figueras, así como también Llerena, se replegaron por escalones, sin perder un momento la formación y la serenidad, causando grandes destrozos en las filas enemigas. La artillería, perfectamente dirigida, contribuyó en gran manera á contener á distancia á los moros, si bien en ocasiones se hizo imposible su tiro por el peligro que se corría de batir á nuestra propia infantería

No estaba terminada la primera fase de la retirada cuando se presentó por nuestra izquierda en el campo de batalla la brigada Díez Vicario. Puesta en posición la artillería, el jefe de la brigada recibió la orden de constituir con sus tropas un nuevo escalón á retaguardia del que se estaba replegando; esta maniobra no nos fué favorable por el momento, toda vez que se aumentó la densidad de formación, y por consiguiente se agravaron nuestras pérdidas, y además la brigada, á excepción de su artillería, no pudo entrar en acción hasta que se hubo retirado por completo la brigada

Alfau, despejando el frente de ataque. Más tarde, cuando ya la división de cazadores pasó á segunda línea, la intervención de la brigada Díez Vicario (cuyo jefe pereció gloriosamente al principio del combate) fué decisiva y el enemigo cejó en sus ataques y se retiró en completo desorden. Sin más novedad, toda la columna regresó á Zeluán.

La mera descripción—aunque sea en líneas generales, sin episodios que desvíen la atención—del combate del 30 de septiembre, no permite formarse cargo de su finalidad, ni menos comprender su verdadero alcance. Al ser conocido en España, la opinión lo diputó de derrota más ó menos gloriosa, y mucho tiempo después todavía gran parte, por no decir toda, la prensa militar extranjera sigue creyendo que en el Jemis padecieron nuestras armas un revés. A ello contribuyó no poco la paralización que sufrieron las operaciones en el sector de Zeluán y el no renovarse la tentativa de avance hacia el Jemis. Coincidiendo con la noticia de ese combate se dió la orden de envío de nuevos refuerzos al teatro de la guerra, de modo que, en suma, todo contribuyó á que se extendiese la creencia de que el 30 de septiembre habíamos sido vencidos. Profundizemos algo más, y de ello resplandecerá la verdad, aclarándose de paso algo de lo que para algunos continua siendo inexplicable.

Ante todo ¿se trataba de un reconocimiento ofensivo, de una demostración, ó se perseguía la posesión del Zoco y se deseaba forzar el paso á las posiciones de Atlaten?

Un hecho que está fuera de toda duda es que las tropas recibieron la orden—que cumplieron—de salir á la ligera, sin mantas, ni morrales y sin impedimenta. No se enviaron tras ellas columnas de viveres y municiones, ni efectos de campamento, ni se adoptó absolutamente ninguna de las medidas—seguidas en ocasiones anteriores y posteriores—que lleva consigo el avance definitivo ó la ocupación de un territorio ó posición. Desde otro punto de vista, se dió también la orden de no rebasar el Zoco, y estar dispuestos á la retirada á las dos de la tarde ó cuando lo indicase el comandante en jefe, que se mantuvo no lejos del teatro de la acción. De todo esto se infiere que no se pretendió llevar más adelante nuestras líneas avanzadas, ni mucho menos llegar al collado de Atlaten partiendo de Zeluán: el objetivo fué más modesto, pero esencialmente militar.

¿A qué hubiera conducido un ataque en regla en la dirección del Jemis? No nueve batallones, sino dieciocho habrían sido insuficientes para asegurar el collado de Atlaten y su enlace con Zeluán, por hallarse la línea de comunicaciones dominada en todo su recorrido por los formidables y casi inexpugnables montes que á la sazón servían de guarida al

harka. Para dominar el paso del Kert á Zeluán era menester apoyarse en el Gurugú, y esto es lo que se hizo más adelante. Aun suponiendo que partiendo de la alcazaba llegáramos á la divisoria de aguas, en aquellas fragosidades y riscos hubiera encontrado fácil retirada, sin sufrir grave quebranto, el enemigo, el cual, sin abandonar por completo los montes de Beni-bu-Ifrur, se hubiese corrido hacia el S. E., imponiéndonos entonces la marcha hacia el medio Muluya y el corazón del imperio, lo que habría dado á la guerra un carácter que no tenía y levantado tal vez dificultades diplomáticas.

El comandante en jefe, que con tanta prudencia y método llevaba la guerra desde el mes de agosto, no podía ignorar, por otra parte, los grandes riesgos que iban á correrse, sin ventaja positiva, si ordenaba la prosecución de las operaciones desde Zeluán á Atlaten, y tampoco se le ocultaba que no disponía de fuerzas suficientes para una empresa tan incierta como esa.

Por consiguiente, ni era oportuno ni convenía un avance formal en la dirección expresada, ni el comandante en jefe abrigó tal idea, demostrando las órdenes—antes indicadas—que dictó, que su objeto era maniobrar alrededor de Zeluán. ¿Con qué finalidad?

A nuestro juicio, esta finalidad es clara, si bien quedó algo obscurecida por pequeños defectos de ejecución.

La experiencia adquirida había demostrado que los moros no hacían frente en campo abierto si corrían peligro de ser envueltos, y que tampoco extremaban la resistencia aunque se les atacara de frente si no tenían perfectamente asegurada su retirada. En compensación, mostraban un valor temerario y una bravura verdaderamente salvaje cuando, favorecidos por el terreno y con la retirada cubierta, podían envolvernos por completo con gran superioridad de fuerzas. Estas circunstancias se presentaron reunidas en los primeros combates, y en los sucesivos, incluso el de Taxdirt, los rifeños trataron de repetir su maniobra favorita, aunque desistieron de ella en cuanto se convencieron de que no se encendería el pánico en nuestras filas. Malos defensores de posiciones y pésimos combatientes en campo libre, son en cambio los moros temibles y arrojados adversarios cuando ante ellos se emprende la retirada.

Teniendo esto en cuenta, se comprenderá que la maniobra del 30 de septiembre se enderezó á sacar á los rifeños de sus insuperables posiciones, para atraerlos á un terreno donde pudiéramos hacer uso de nuestros medios de combate, más perfectos que los suyos. Para lograr este objetivo era necesario empeñar primero una acción, lo que obligaba á ir en busca del harka á su guarida, y luego retirarse como si nos hubiera derrotado, para provocar el avance impetuoso, irreflexivo, del adversario, y castigarlo entonces duramente.

Por eso la división Tovar avanzó hasta tropezar con seria resistencia,

empeñó allí el combate, lo mantuvo largo tiempo para dar lugar á que se incorporasen al grueso del harka los grupos más distantes, y se pronunció después en retirada, sacando al enemigo de lugares fuera de los que no quiso aventurarse ni antes ni después.

Pero, si no estamos equivocados, el comandante en jefe se propuso más que eso, se propuso exterminar ó poco menos á toda el harka. A este efecto, la brigada Díez Vicario, que marchaba á distancia formando el ala izquierda, debía concurrir mediante una marcha de flanco en el lugar del combate, cuando ya los cazadores se hallasen en plena retirada y de modo que cortara el ala derecha enemiga, que hubiera quedado consiguientemente entre dos fuegos. Si este plan tenía éxito, la victoria sería decisiva y podía darse la guerra por terminada.

La primera parte de la operación se realizó con arreglo al pensamiento que la informaba, y el primer tiempo de la retirada se hizo oportuna y perfectamente. Pero el final de la operación no fué lo decisivo que se esperaba, por las dos circunstancias siguientes.

En primer lugar, los batallones de la primera brigada de cazadores se condujeron con demasiado ardimiento, frase que parece paradójica pero que es cierta. Si se hubiese tratado de una retirada á consecuencia de un descalabro ó impuesta por la superioridad del enemigo, el repliegue metódico, lento, de los tres batallones y su admirable tenacidad y bravura manteniendo á corta distancia al enemigo, sin cederle el terreno mas que en virtud de órdenes formales, serian hechos dignos de la más alta estimación y de ser tenidos como modelos en todo tiempo. Pero aquí la retirada era cabalmente el eje de la operación, su base forzada y prevista, y convenia por lo tanto llevarla con más premura y más rapidez para sacar á los moros á terreno descubierto cuanto antes. Sin embargo, esa tenacidad en el combate desplegada por los cazadores, que pudo ser causa del fracaso parcial de la maniobra, fué salvadora y constituyó la parte principal de la acción, por no haber tenido el éxito que se esperaba la intervención de la brigada Díez Vicario.

Esta brigada, en efecto, desembocó demasiado pronto en el lugar del combate, al que llegó cuando todavía los cazadores se mantenian en las lomas inmediatas al zoco. Como consecuencia, no pudo cortar la derecha enemiga, y se limitó por el momento á mantenerse en una actitud dudosa. Llevada la lucha á un grado de vivacidad no visto en combates anteriores, y replegados los cazadores á la segunda línea de lomas, la brigada Díez Vicario, en lugar de ser dirigida francamente contra la derecha marroquí, bien formando retorno ofensivo, bien como columna de ataque, fué apostada á retaguardia como último escalón y no pudo intervenir sino cuando el combate tocaba á su término, es decir, que solo sirvió para dispersar á los escasos grupos de moros que aun se empeñaban en avanzar.

Difícil es decir si el cometido encomendado á última hora á la brigada Díez Vicario se debió al estado de cansancio en que se encontraban los batallones de cazadores después de tan larga y porfiada lucha, ó si influyó en ello la muerte de aquel general; pero lo cierto es que no se obtuvo de ella el efecto que siempre debe prometerse de una columna que se presenta en el momento resolutivo de la batalla en el flanco del enemigo, empeñado en un ataque desordenado. Con todo, gracias á la heroica conducta de los cazadores, cuyos batallones dieron pruebas de una disciplina sólo igualada por su valor, el enemigo sufrió pérdidas de consideración que pusieron al harka fuera de combate y motivaron la retirada á sus hogares de no pequeños contingentes. ¡Cálculése cual fuera el resultado si la brigada Díez Vicario cortara la derecha enemiga!

En los movimientos combinados de fuerzas que operan con independencia, pero cuyos esfuerzos han de sumarse en el campo de batalla, precisa una circunstancia sin la cual rara vez dan resultados: se requiere un mando superior ajeno á las incidencias de detalle, que apreciando la situación en su conjunto aplique cada fuerza en el sentido y el momento convenientes. Si las columnas pasan á depender en el lugar de la acción del jefe de una de ellas, puede asegurarse que rara vez se logrará un objetivo amplio y de carácter general, puesto que el jefe aludido, identificado con el cometido de su columna y teniendo su atención concentrada en lo que á ella atañe, se verá en la imposibilidad de apreciar con claridad las necesidades que exija la situación en otros puntos.

Por eso decíamos que tal vez la desgraciada muerte del general Díez Vicario fué la causa de que el combate del 30 de septiembre no terminara de un modo tan decisivo como se esperaba. Puesta la brigada á las órdenes del jefe de la división, forzosamente hubo de supeditarse su empleo á lo que demandaba el estado de la lucha en lo que concernía directa y exclusivamente á las fuerzas empeñadas hasta entonces.

Aparte de la conducta de los batallones de cazadores, y de su perfectísimo repliegue (puesto que lo único que puede observarse es el grado de tenacidad que dieron á la resistencia antes de cada retroceso parcial), merece los mayores elogios el empleo siempre acertado y oportuno que se hizo de la artillería, que maniobró y se condujo admirablemente. Al llegar las guerrillas á la línea más avanzada de colinas, los moros, que se mantenían á cubierto en las posiciones dominantes de la derecha, rompieron un fuego nutrido sin que nuestras piezas pudieran contrabatarlo en el acto por impedirlo la posición que ocupaban aquellas guerrillas; pero á los pocos momentos, una batería adelantaba hasta la loma del centro y desde aquel instante la artillería no dejó de tirar con eficacia, en ciertos momentos á menos de 500 metros, siguiendo siempre los movimientos de la infantería, sin entorpecer las maniobras de ésta ni obligarla á atender á las piezas, y plegándose á la situación y al terreno.

La caballería, que en Taxdirt demostró que sabía cargar y estaba pronto á intervenir al arma blanca, fué mantenida en reserva desde que se formalizó el combate, á pesar de que no faltó aquel día alguna ocasión de que interviniera con éxito; el servicio de exploración fué bien conducido en el primer periodo de la marcha; al acercarse al enemigo faltó la combinación con la infantería, y faltó también esa combinación en el intento de reconocimiento al Zoco desde las alturas que lo dominan.

Aun teniendo en cuenta los pequeños defectos expuestos, inevitables en toda acción de guerra y que se descubren incluso en las más célebres batallas de la historia, pero que importa dejar consignados, el combate del 30 de septiembre fué de positivos resultados, y el comandante en jefe supo apreciarlos desde luego. El harka fué derrotada y se le causaron muchos centenares de bajas, inutilizándola para un combate fuera de su natural asiento. Entró la desmoralización en el campo rifeño y con ella vino la división entre sus principales jefes. Para recoger el fruto, que empezaba á madurar, la opinión en España pretendía que se repitiese el avance, sin retirada.

No obstante, al combate del 30 de septiembre siguió un periodo de calma, y no se volvió á emprender operación ninguna en aquel sector hasta casi dos meses después. Como veremos más adelante, esa aparente pasividad no se debió á cambio de plan, ni menos al mal llamado fracaso del intento ofensivo sobre El-Jemis. Este reconocimiento, favorable á nuestras armas, condujo á resultados halagueños.

JUAN AVILÉS

Teniente Coronel de Ingenieros

PIEZAS ESPECIALES CONTRA LAS AMETRALLADORAS

El Capitán Jeorgevic, en el *Inshenernyi Shurnal*, relata los terribles efectos que causaron las ametralladoras en la guerra ruso-japonesa, y refiere que en Port Arthur los japoneses se valieron, con excelente resultado, del cañón de 47 mm Hotchkiss; la artillería resulta de poco efecto contra las ametralladoras, porque éstas suelen romper su fuego cuando el enemigo está á corta distancia y en tal situación la artillería adversaria debe suspender su tiro por temor de dañar á su propia infantería.

Pero dicho cañón de 47 mm no reúne todos los requisitos necesarios, porque presenta un blanco demasiado visible y es muy vulnerable por toda clase de proyectiles.

A juicio del capitán ruso, la nueva arma destinada á entablar la lucha contra las ametralladoras, debe satisfacer las siguientes condiciones:

- 1.º Estar montada lo mismo que las ametralladoras, ó sea sobre un afuste muy bajo que pueda admitir ruedas;

- 2.^a Poseer suficiente precisión á la distancia de 600 pasos;
- 3.^a Ser ligera y de gran movilidad;
- 4.^a Tener escudos para proteger á los sirvientes contra las balas de infantería y ametralladoras;
- 5.^a Poderse hacer fuego con los sirvientes echados;
- 6.^a Tener un proyectil cuya fuerza explosiva y de penetración sean bastantes á desmontar las ametralladoras y poner á los sirvientes fuera de combate;
- 7.^a Permitir el fuego curvo.

La pieza que al parecer cumple mejor esas condiciones es el obús de pequeño calibre, del cual el atacante debe tener una dotación de dos piezas por cada obra que deba asaltar.

Los abusos avanzan hasta llegar á una distancia de 600 pasos de la obra defensiva, y se detienen entonces acechando la aparición de las ametralladoras, para romper el fuego en el acto y procurar desmontarlas. Si no lo consiguen, adelantan hasta las defensas accesorias y disparan contra los montajes y barbetas de ametralladoras, aunque estén vacías, puesto que las ametralladoras pueden comenzar su fuego en el momento menos esperado, y así evitan que se lleguen á poner en las barbetas.

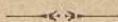
Si el ataque se desenvuelve en terreno llano, convendrá valerse del tiro curvo para no ofender á las tropas amigas.

En todos los casos, los obuses reservan su acción contra las ametralladoras, y dejan á las ametralladoras propias y á la infantería la misión de batir el resto de la obra.

El autor opina que la acertada combinación de los obuses de pequeño calibre y de las ametralladoras, disminuirá las pérdidas del atacante y facilitará mucho el paso á través de las defensas accesorias, que es la operación más crítica del asalto.

Cabe también el montar esos obuses en automóviles acorazados, pero entonces no se les podría emplear en todos los terrenos.

Claro es que la defensa, á su vez, obtendría grandes ventajas si dispusiera de una pieza de dicha clase, cuyos efectos se sumarían á los de las ametralladoras, para contrabatar á las del ataque.



ENSEÑANZAS DE LAS CAMPAÑAS DE LOS FRANCESES

EN MARRUECOS (1907-1908) (1)

La ofensiva.

Las operaciones que hemos relatado se hallan inspiradas en un espíritu de impetuosa y enérgica ofensiva. Las ventajas incalculables de ésta

(1) Del libro «La Guerra en Marruecos.» Véase la Bibliografía.

son comunes á todas las formas de guerra, porque se fundan principalmente en razones de orden moral, y claro está que en la lucha contra árabes y bereberes los motivos que aconsejan la acción ofensiva son aún más poderosos que en la guerra europea.

En efecto, como no se lucha contra un ejército, sino contra contingentes mejor ó peor armados y más ó menos hostiles, pero que constituyen formaciones improvisadas por la agregación de elementos heterogéneos, faltos de toda disciplina y tan impresionables como son los marroquíes, sólo el hecho de no ser atacados con celeridad les envalentona y hace engrosar las harkas de un modo alarmante, así como el menor contratiempo entibia sus entusiasmos y las disuelve con la misma pasmosa rapidez que se formaron.

La ofensiva es pues necesidad esencial de tales operaciones; con ella se consigue resolver en germen conflictos que si se obra con lentitud y debilidad pueden llegar á ser pavorosos.

“El espíritu de ofensiva debe dominar en todo—dice Frisch;—tomar pues la iniciativa de los movimientos y conservarla para forzar al adversario á subordinar sus movimientos á los nuestros, convenciéndole así de su inferioridad moral.,,

“Toda suspensión en las operaciones es considerada por él como una debilidad de su enemigo. Por eso es esencial no comenzar las operaciones hasta que se hallen reunidas y organizadas las fuerzas necesarias para llevar vigorosamente la campaña; importa menos evitar la parsimonia para empezar las operaciones, que la suspensión de éstas una vez comenzadas; á partir de este momento, dirigir las con rapidez y la mayor energía.,,

Por otra parte, la incansable actividad de las operaciones es el medio más seguro de llegar á adquirir sobre el enemigo el ascendiente moral indispensable para que se declare vencido y se someta. Bien fácil es comprenderlo así. En la guerra regular se trata siempre de imponer nuestra voluntad al enemigo por la fuerza y también por ella se opone él á nuestros designios. El medio de someterle á ellos es la destrucción de su fuerza y á fin de conseguirlo se busca á todo trance la batalla.

Esta supone siempre una destrucción de fuerza material, pero en realidad es siempre la destrucción de la fuerza moral la que hace que uno de los adversarios se declare vencido, y buena prueba de ello es que son muchas las ocasiones en que es el vencedor quien ha sufrido mayores pérdidas. Pero al fin y al cabo los ejércitos disciplinados esperan y sostienen con tenacidad el choque, por tanto el combate es siempre cruento y la destrucción de fuerza material importante; pero contra un enemigo tan allegadizo é inconsistente como el marroquí, que se desorganiza y disuelve á la menor contrariedad, para volverse á concentrar en otro punto al día siguiente, la destrucción de fuerza material es siempre insignifi-

cante, el combate no llega á ser nunca decisivo para resolver la campaña (1), y por consiguiente ha de fiarse el éxito principalmente á la destrucción de la fuerza moral del adversario y esto se consigue principalmente con la actividad en las operaciones, buscando con celeridad á los núcleos enemigos y persiguiéndolos sin descanso; no dejarles ni un momento de respiro, es el único procedimiento de obligarles á que se declaren vencidos, tanto más cuanto que siendo los marroquíes sumamente extremados en todo, como ya hemos dicho, son accesibles al cansancio y á la desilusión en cuanto sufren el menor revés.

La división de las fuerzas

En la guerra europea los contingentes de tropas son tan enormes que no habría posibilidad de manejarlas en un solo bloque, ni sería tampoco posible alimentarlas durante las operaciones si no se explotaran hasta el extremo límite los recursos del país. Por ambas razones, la división de las fuerzas se impone, tanto para la reunión previa de los ejércitos como para las operaciones activas. Pero al designar las zonas de reunión, así como al establecer el plan de marchas en busca del enemigo, el general en jefe, no puede olvidar la condición especial sobre que descansan todas las combinaciones posibles, esto es, que la mútua protección de las distintas fracciones de tropas ha de estar siempre asegurada.

En la guerra de Marruecos, como los indígenas no poseen ni la organización, ni los conocimientos precisos para aprovecharse del fraccionamiento de las tropas, es posible faltar á dicha condición esencial, y así son frecuentes, como lo demuestra la campaña de la Chaúia, las operaciones combinadas de varias columnas que partiendo de puntos muy distantes unos de otros, tienden á concurrir á otro previamente designado; pero la experiencia demostró al general d'Amade que tal recurso puede ser expuesto á desastres, si al fijar el efectivo de cada columna no se la dá una fuerza capaz de luchar contra los contingentes enemigos que puedan caer sobre ella en un momento dado, y esto no siempre es fácil de calcular.

La división de las fuerzas en varias columnas es impuesta muchas veces en Marruecos por la necesidad de marchar por terrenos difíciles, y cuando se trata de cercar un macizo montañoso, como hizo el general Liautey en Beni-Snassen, es indispensable apelar á tal recurso.

Por otra parte, el fraccionamiento de las fuerzas goza de ciertas ventajas de orden moral, sobre todo en Marruecos, porque sólo el temor de verse cogido entre dos fuegos es muchas veces suficiente para que el indígena abandone el campo.

Resulta pues que la división de las fuerzas es en general un recurso

(1) Están vencidos y dispersos, dice Le Passant hablando de los revoltosos del Guir, pero no destruidos. Retengamos bien este hecho: es muy difícil el destruir una harka.

beneficioso, pero que expone al que lo emplea á ser batido en detalle cuando el fraccionamiento es excesivo. Pero en esto, como en todo, la guerra no puede hacerse con fórmulas cerradas; es preciso tener un criterio y saber aplicarle á cada caso particular.

La ocupación del país

La fuerza con que el enemigo se opone á nuestros designios no depende solo del número de combatientes ó de la exaltación de las pasiones guerreras en el momento de la lucha, sino también y muy principalmente de la extensión y riqueza de su territorio. La ocupación es por tanto uno de los medios de reducir al adversario, y en Marruecos es el más importante de todos porque, como ya hemos dicho, dado el caracter especial del adversario el combate no basta para imponerse á él.

El papel desempeñado por los puestos de Bu-Denib y Bu-Ananen el Guir, así como por los de Ber-Rechid y Mediuna en la Chauia, prueban la verdad de estas afirmaciones.

Observando la situación de los puestos fijos creados por los franceses en las campañas reseñadas, es fácil comprobar que su establecimiento no ha tenido por objeto guardar ésta ó la otra posición táctica, sino que ha obedecido casi exclusivamente á consideraciones de orden político y estratégico; es decir, que los puestos franceses se crean para guardar posiciones estratégicas y no tácticas. Claro está que una vez determinado el lugar donde, atendiendo á razones de aquellos órdenes, ha de crearse un puesto, para el emplazamiento de las obras defensivas que han de constituirle, se utilizan las posiciones tácticas más convenientes dentro de la localidad.

En Ber-Rechid, por ejemplo, se emplazó un puesto fijo por su posición central en la llanura del Tirs y porque en él se cruzan las pistas que ponen en comunicación á las tribus; es por tanto una buena posición estratégica, toda vez que desde ella podían irradiar las columnas móviles en todas direcciones. En Bu-Denib se estableció también un puesto por ser un punto de paso obligado entre Tafilete y Bechar, y porque su situación permite convertirle en una excelente base de operaciones futuras contra aquel oasis. En Beni-Snassen se establece una cintura de puestos, no para guardar éstas ó aquellas posiciones tácticas, sino para dominar las comunicaciones que conducen del llano á la montaña y establecer el bloqueo del macizo montañoso.

Por otra parte, restringen el número de puestos todo lo posible, pero dotan á los establecidos de fuertes guarniciones, porque los franceses creen que á los indígenas no se les domina á fuerza de fortificar posiciones, lo que solo conduce á dispersar ó inmovilizar las tropas, dejando el terreno á merced del enemigo, sino con el incesante movimiento de las

columnas, que recorriendo el territorio en todas direcciones impiden la formación de núcleos hostiles ó los desbaratan antes que constituyan una seria amenaza. Con esto, y con un buen servicio de confidencias desempeñado por las oficinas árabes, que les permite estar siempre al corriente de los proyectos de los indigenas, están seguros de anticiparse á los designios de estos, puesto que para que una harka ataque es preciso que se concentre y organice primero, y su formación es por tanto bastante laboriosa. Asi vemos que por el servicio de confidencias el comandante Fesch, en el Guir, está al tanto de la marcha de los acontecimientos ante los harkistas, y esto le permite tener al corriente á sus superiores de la situación política, y sólo cuando éstos juzgan que la concentración de los indigenas hostiles en un solo núcleo engendra un peligro serio para los puestos del Guir, es cuando se pone en movimiento la columna de maniobra que ha permanecido hasta entonces á la expectativa en Colomb-Bechar dispuesta á marchar contra el enemigo en tiempo oportuno. Vigilancia y previsión, éstas son las armas que dan á los franceses triunfos fáciles y decisivos.

El teniente coronel Frisch resume admirablemente la doctrina francesa sobre los puestos de ocupación en las palabras siguientes:

“Los puestos fijos —dice— deben ser tan pocos como sea posible, á fin de no emplear demasiadas fuerzas en guarniciones y defensa; ocupar los centros políticos de población, de comunicaciones, de producción.,

“En cuanto una región está algo calmada, sea en el llano, sea en la montaña, crear en puntos convenientemente elegidos bajo el punto de vista estratégico y político puestos fortificados de infantería, con algo de caballería y uno ó dos cañones.....,

“Conservar la mayor parte de las fuerzas en una ó varias columnas móviles, verdadera masa de maniobra que pueda lanzarse en todo momento en cualquier dirección.,

“Para dar á esta masa toda la libertad de maniobra y una gran ligereza, suprimir su convoy, acumulando y entreteniéndolo constantemente en los puestos fortificados un minimum de un mes de viveres y municiones para todo el efectivo de las columnas móviles.,

Como los puestos son pocos, pero con fuertes guarniciones, con parte de éstas organizan á veces grupos móviles para operaciones activas en las inmediaciones de aquellos, ó para obrar en combinación con las columnas de maniobra. El puesto de Bu-Denib constituyó así un grupo móvil para cooperar á las operaciones del coronel Alix.

En resumen, los franceses aplican en Marruecos la misma doctrina que aplicarían en Europa; guerra esencialmente maniobrera y ofensiva, porque la dolorosa experiencia de 1870 les enseñó que es un error crasísimo pretender dominar al enemigo por la ocupación de posiciones formidables. El ejército que se pega al terreno confiesa implícitamente su inferioridad moral é irremisiblemente será vencido. Los rusos han dado en Asia la

prueba más reciente de esta verdad inexorable, que lo es en Asia, en Europa y en Marruecos.

Mucho más verdad en Marruecos que en Europa, porque si está reconocido como una antigüalla y una necedad querer dominar á un ejército enemigo por el hecho sólo de ocupar una excelente posición táctica, pretender imponerse á los núcleos marroquíes sólo por establecer en un picacho unos cuantos fusiles ó cañones es inadmisibile. Sería preciso ocupar todos los picachos que hay en Marruecos, y fraccionar al ejército en otros tantos destacamentos—y calcúlese la cantidad de tropas que se necesitarían para ocupar una porción considerable de terreno,—sin que por esto se hubiera conseguido someterle, antes por el contrario, dada su movilidad, su invisibilidad y su asombrosa rapidez para dispersarse y concentrarse, dominaría el país á su antojo, sería siempre dueño de las comunicaciones de los puntos fortificados, y descargaría sus golpes de mano donde le pareciera oportuno, mientras las tropas guarnecían sus numerosas ratoneras.

NAZARIO CEBREIROS

Capitán de Infantería

—◀—▶—

BIBLIOGRAFÍA

La Guerra en Marruecos (Campanñas del ejército francés en la Chauia, Beni-Snassen y Sur-Oranés en 1907 y 1908), por D. Nazario Cebreiros, Capitán de Infantería. Valladolid, 1910.—176 páginas (19 × 13), con cuatro cróquis, 3 pesetas.

Desde su primer trabajo se dió á conocer el capitán Cebreiros como escritor militar de verdadero talento, revelando conocimientos y un juicio equilibrado y sereno. El libro que acaba de dar á la luz pública sobre las últimas campanñas de los franceses en Marruecos confirma el revelante concepto que mereció desde que hizo sus primeras armas en las letras, y es de positiva enseñanza y digno de ser meditado y reflexionado por todos los militares españoles. A todos les prestará un servicio no pequeño, y sus enseñanzas habrán de ser muy tenidas en cuenta.

Después de una breve descripción de las cuatro campanñas llevadas á cabo por los franceses en Marruecos, el Sr. Cebreiros resume en 64 páginas las enseñanzas estratégicas y tácticas que de aquellas se deducen. Esta es la parte más interesante del libro, y de la misma se formarán una idea nuestros lectores por los párrafos que en este número insertamos.

Si consideráramos al autor como novel en este género de empresas, sólo elogios y muy calurosos tendríamos que prodigarle. Pero dadas sus condiciones nada comunes y las aptitudes que posee, creemos que puede

y debe llegar pronto á envidiable altura, y deseosos de contribuir en lo que podamos á este fin no dejaremos de advertirle algunos pequeños reparos, que, si bien en nada aminoran el mérito del libro, podrían perjudicar á otros trabajos si en ellos insistiese.

Se refiere el primero á alguna ligera impropiedad de lenguaje, debida al uso casi exclusivo de las fuentes francesas de origen; y el segundo, que reconoce esta misma causa, á cierta parcialidad en favor de lo que han hecho los franceses, y que en el libro aparece con colores más brillantes de lo que realmente merecía, y á la penumbra en que quedan los sucesos que favorecieron poco la reputación de nuestros vecinos. Si el autor hubiera procedido con más independencia y mostrando más confianza en sus propias fuerzas, nada sería posible reprocharle. Es decir, que lo único que no alabamos en el Sr. Cebreiros es su timidez, que le induce á dejarse llevar por los escritos, generalmente tendenciosos, de los escritores franceses; por eso nos permitimos aconsejarle que en lo sucesivo ponga más confianza en sí que en los demás y prescinda de las consideraciones interesadas que, al referirse á lo que les atañe, suelen hacer los escritores extranjeros.

Con lo dicho creemos haber hecho el mejor elogio del S. Cebreiros, que ni necesita andadores, ni le son menester guías ajenas. Su libro es el único que se contrae á un punto tan interesante para nosotros, como es el de las campañas recientes de los franceses en Marruecos; y aunque no están en el mismo caso la Chauia y el Rif, con todo, los párrafos finales en que se resume el juicio que al Sr. Cebreiros aquellas campañas merecieron, son de gran valor y muy atinados.

La guerra en Marruecos es libro que no debe dejar de leer ningún militar español. Reciba el Sr. Cebreiros nuestra felicitación por el éxito de su obra, presagio sin duda de otras en las que se revelará por completo la personalidad del autor.

